

Seres de otro tiempo: el cine de VAMPIROS

Nadie como un vampiro para pensar en el problema de la inmortalidad. A pesar o a causa de toda la sangre derramada, ellos han atravesado diferentes épocas y han acumulado dentro de sí sus propios dramas existenciales. Quien escribe se ha sentido atraído por tres casos distintos de estos seres fantásticos y eternamente anacrónicos.

Nicolás Carrasco

El cine de terror es uno de los grandes placeres de muchos cinéfilos. Algunos disfrutamos especialmente, dentro de su amplio espectro de subgéneros, las películas relacionadas con los vampiros. ¿Qué características tienen estos seres, y estas películas, que nos atraen tanto, por sobre los filmes relacionados con otros espectros? Me inclino por pensar que es, fundamentalmente, su cualidad como seres inmortales, muchos eternamente jóvenes, que mantienen intacta su sexualidad y su sensualidad.

En el filme *Nosferatu, el vampiro* (1979) de Werner Herzog hay un diálogo que le dice el conde a Jonathan Harker que me parece fundamental para comprender la naturaleza del vampiro: “El tiempo es un abismo, profundo como mil noches. Siglos

van y vienen. Y no poder envejecer es terrible. La muerte no es lo peor. Hay cosas más horribles que ella. ¿Se imagina usted vivir durante siglos experimentando día tras día las mismas cosas banales?” Esta inmortalidad del vampiro es tratada por Herzog no como una virtud, como algo sumamente deseable, sino como una maldición (una idea que también está presente, por ejemplo, en los filmes de vampiros de Jesús Franco).

Partiendo de esta idea, quisiera mencionar dos ejemplos distintos que tratan esta cuestión y sobre cómo el vampiro puede manifestar la sensación de sentirse “de otra época”.

Sangre para Drácula (1974), obra maestra de Paul Morrissey, parte de la premisa que Drácula tiene

problemas para encontrar sangre de vírgenes para alimentarse. El conde, entonces, decide mudarse de Rumania a Italia, donde el catolicismo debería darle facilidad para encontrar vírgenes. Allí una familia de aristócratas le ofrece como novias a sus hijas, pero Drácula siempre convulsiona con su sangre no virginal: todas han tenido relaciones con el comunista y proletario Mario, quien finalmente termina matando al vampiro.

Morrissey, reaccionario y derechista, siente más simpatía hacia el “monstruo” que hacia el supuesto héroe. Al igual que el marqués que acoge al conde en Italia, el director relaciona a Drácula con los valores tradicionales que se contraponen a la vulgaridad de la modernidad. Aristó-



Solo los amantes sobreviven ◀

crata y decadente, el vampiro es una figura que no puede sobrevivir en un mundo “sin pureza”. El comunismo de Mario representa en *Sangre para Drácula* el cambio, pero este es revelado como otra forma de opresión, aún más perversa. Desconfiando de la revolución de la lucha de clases, Morrissey pareciera preguntarnos qué es preferible: si la aristocracia representada por Drácula o la dictadura del proletariado de Mario, violador y asesino. Una tiranía por otra menos digna.

Por otro lado, en el filme de Jím Jarmusch *Solo los amantes sobreviven* (2013) seguimos el deambular de una pareja de vampiros llamados Eva y Adán, quienes han dejado de cazar humanos hace muchos años gracias a que consiguen clandesti-

namente sangre de los hospitales. Entonces, ¿a qué dedican su tiempo? Los pasatiempos de ambos están relacionados con las artes, especialmente la música y la literatura. Luego de haber influido en las carreras de innumerables músicos, Adán pasa los días grabando sus composiciones en equipos analógicos, coleccionando instrumentos vintage y lamentando el estado actual del mundo, actitud que recuerda mucho a la del vampiro que interpreta David Bowie en *El ansia* (1983), de Tony Scott, cuando afirma “¿Por qué están tan mal escritos estos libros?”.

Jarmusch, siempre enamorado de sus personajes, pareciera estar interesado en los vampiros más que nada por su condición de inmortales. Sus vampiros comparten con él un

fetichismo romántico por los objetos del pasado, como los libros, las guitarras eléctricas o los vinilos de músicos olvidados como Wanda Jackson o Charlie Feathers. Adán y Eva tienen en su casa un “Salón de la Fama” que más parece un altar, con fotografías de sus ídolos, como Nicholas Ray, Iggy Pop o Nikola Testa. Al igual que sus criaturas, Jarmusch se siente de otra época, pero no a la manera del *hipster*, sino de una forma que nada tiene de pedantería y que no discrimina entre arte y ciencia, ni entre alta cultura y cultura popular. Al contrario, el director pareciera envidiar la inmortalidad de sus personajes, quienes tienen todo el tiempo del mundo para amar la música, amar los libros, amar el cine y amarse entre ellos mismos. ■